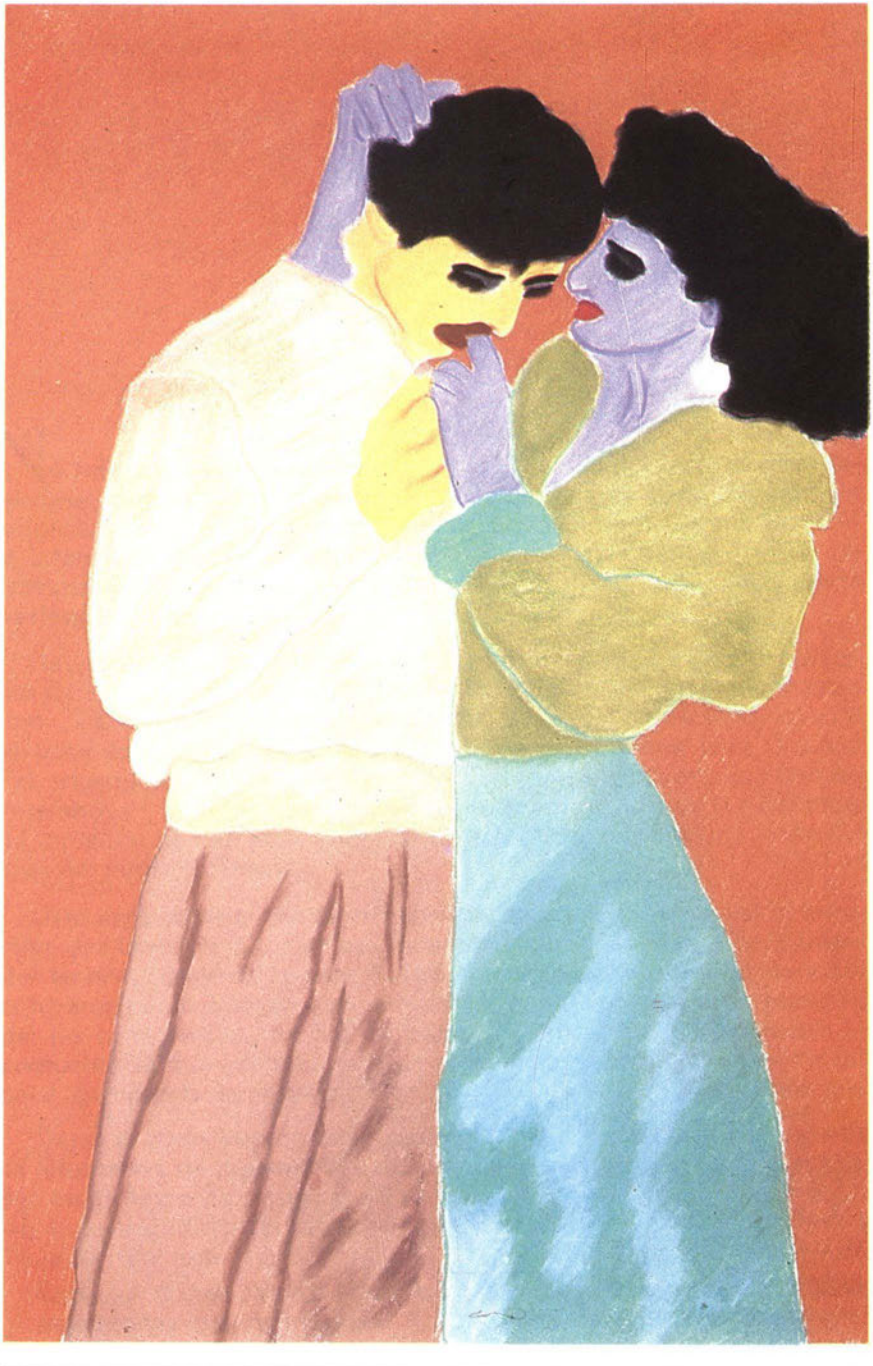
La mujer y el amor

*Carmenza Vélez Mejía**

* Psicóloga Clínica, Universidad La Sorbona, París V, Francia. Magister en Psicología, Universidad París VII, Francia. Miembro titular de la Sociedad Colombiana de Sexología. Profesora de las Universidades de Caldas, Católica y Fundema de Manizales. Autora de numerosos estudios y escritos sobre salud, sexualidad y mujer. Actual directora del Area de Psicología del Hospital Infantil de Manizales.



MARIA DE LA PAZ JARAMILLO
"Tu eres Mío"
Pastel
0.80 x 1.20 m
1986

No hay sentimiento exacto por el cual pueda definirse el amor femenino; hay muchos sentimientos que actúan en cada experiencia amorosa: pasión, acercamiento, huida, evocación, desafuero. Por ello la intención no es dar respuestas, es más bien urgar para encontrar las trampas que atraviesan la instancia amorosa y rescatar espacios para su desalienación.

Hay escenarios creados para que el amor se configure a partir del deseo ajeno: el amor de espejo donde busca reflejarse el imaginario masculino . Tal es el amor de madre y el amor de virgen como espejismo de servidumbre y dependencia. Imágenes de espejos que para Octavio Paz engendran "dispersión y pánico y vértigo fijo: la escalera que no desemboca". . . . No hay lugar para el encuentro porque la existencia de aquellas figuras en el imaginario masculino, depende de la anulación del deseo femenino.

Otro espacio es el del amor culpable que se configura por la negación que la mujer hace de ese espejismo y que a veces la lleva a huir del amor a través de la genitalidad. Romperse como espejo para encontrarse como imagen con relaciones banalizadas bajo el espectro del no compromiso, he ahí la trampa. Limitación del deseo por la competencia que pretende el eros en el femenino, con el riesgo de un goce igualmente jerarquizante en la figura de la máquina orgásmica.

Darse al amor como construcción de instantes permisivos, creando la alternativa de nuevos espacios donde entre la pasión de la inmediatez en el deseo de poseer y ser poseídas, con un erotismo desordenado que descodifica el lenguaje, para secretamente vivir el momento de la fornicación.

Espacios donde la evocación nos asegura la invención de imágenes y sensaciones que nos recrean los instantes vividos, defendiéndonos contra el olvido y la soledad.

¿Existe un amor femenino?

Más bien existe un sentir femenino, que se elabora a partir de su incontenible fuerza para exorcizar las múltiples formas de poder que han hecho del amor lo que más duele.

El amor de madre y de virgen en el imaginario masculino

"Un día las venusinas
bajaron en Buenos Aires
con unas sombrillas claras
de su planeta de hembras
llegaban por los espacios,
hermosas, pibas y extrañas.
Las vieron llegar tan solo
los que andan de madrugada,
y nadie se las creyó;
dijeron son de mentira. . .
¡palomas de propaganda!. . .

Vivieron en nuestras calles
cien días con sus cien noches;
los ojos rojos tenían,
y polen en los corpiños
y soles en las enaguas.
¡Qué lindas las venusinas!
traían dos corazones
invictos en las entrañas. . .
ningún varón las amó,
decían: "Son espejismo:
fantasma, ¡puro fantasma!"

"CANCION DE LAS VENUSINAS"
Milonga — Horacio Ferrer.

Somos venusinas, nadie nos ha descubierto; no hay nada certero, vestimos muchos cuerpos, prestamos todas las imágenes.

"Dalila y Judith, Aspasia y Lucrecia, Pandora y Atenea, la mujer es a la vez Eva y Virgen María. Ella es un ídolo, una sirvienta, el origen de la vida, una fuerza de las tinieblas". Simone de Beauvoir.

Ambiguamente definida con relación al deseo del otro. El vacío, la nada. Mirar la mujer es hurgar la ilusión de lo que crean en ella. El hombre la ha cubierto para poderla mirar.

Lo femenino es ambivalencia, se reconcilia con la vida y con la muerte: Imagen de mujer tiene la vida, imagen de mujer tiene la muerte. Por ello lo femenino seduce; "seducir, dice Braudrillard, es morir como realidad y producirse como ilusión". Realidad e ilusión, creyeron que eran de mentira las venusinas porque intentaron negar la ilusión.

El amor de mujer tiene mil rostros que el imaginario masculino ha inventado para ampararse en ellos, y la mujer ha jugado en ese imaginario como un objeto inventado.

El amor de la madre

"Como una madre demasiado amorosa,
una madre terrible que ahoga.
Como una leona taciturna y solar,
Como una sola ola del tamaño del mar,
ha llegado sin hacer ruido y en cada uno
de nosotros se asienta como un rey
y los días de vidrio se derriten
y en cada pecho erige un trono
de espinas y brasas. . ."

"MUTRA". Octavio Paz

El amor de madre que posee, ahoga, atrapa, que cuida como leona en celo, que duele y se sacrifica, seduce y abandona. Amor que infantiliza a todo adulto haciéndole vivir el sueño de volver a su regazo, de permanecer en su vientre. Siempre ahí, ese amor sumiso y fuerte. Sumiso porque representa la dominación del hombre y "el-a-través", por el que se mira la ley del padre. Fuerte porque tiene la cualidad del heroísmo que no exige reciprocidad, que lo entrega todo sin esperar nada a cambio. "Como madre todo te lo doy y no espero nada a cambio".

Amor mistificado, amor útero del que sólo se tiene su espíritu, el que combate la culpa original arcaica de la humanidad, haciendo a lo femenino merecedor del respeto no como mujer, sino como madre.

Amor que simboliza para el hombre su propio origen; al que recurre siempre cuando se siente vulnerable, buscándolo en toda mujer, puesto que toda mujer debe identificarse con su propia madre, permitiéndole una relación maternal, antes que una relación sexuada.

El amor de madre no es carnal, ni tiene sexo: la Virgen engendró a su hijo sin ser poseída, "como un cristal sin romperse ni manchar-

se". La magia del amor maternal está en su incondicional representación del bien, para que sea refugio y no muera ni con la muerte.

Siguiendo a Ortega y Gasset, por muy inteligente que sea la mujer, su amor está ocupado por un poder irracional, y añade: "si el varón es la persona racional, es la fémina la persona irracional. ¡Y ésta es la delicia suprema que en ella encontramos!". De la razón, el orden y la ley se ocupa el hombre, del amor sin justificaciones, es decir, de la sinrazón, se ocupa la mujer. El amor maternal es la esencia pura de la no justificación, del sacrificio que exige que se ame poco así misma para amar a los demás. En el imaginario masculino, el amor de madre ocupa un lugar privilegiado, es el que lo anima, sostiene y salva de la indefinición y el desamparo.

El amor de la virgen

"Ella cierra los ojos y en su adentro
está desnuda y niña al pie del árbol.
Reposan a su sombra el tigre, el toro.
Tres corderos de bruma le da al tigre,
tres palomas al toro, sangre y plumas.
Ni plegarias de humo quiere el tigre
ni palomas el toro: a ti te quieren". . .

"VIRGEN". Octavio Paz

Gran fantasma creado por el hombre. La aventura sobre ese espacio cuerpo no explorado, ella toda himen ritual de posesión, dominio y sangre. Batalla sin enemigo, pene como arma que se lanza a la conquista de esa región intacta. El himen símbolo del espejismo fálico que potencializa el dominio masculino y convierte el amor de la virgen en algo supremo y victorioso.

Del amor cortés, del erotismo espiritual que despierta la joven virgen y del cual ella también sueña, se pasa a una primera vez donde en la vivencia ritualizada de la desfloración, ella puede constituirse, bien como un objeto condicional, mudo y expectante para el deseo masculino, bien como un objeto con deseo propio que no vive la pérdida ni la anulación, sino la continuidad.

Generalmente la revelación de lo imaginado por la joven, la hace el hombre con un lenguaje de guerra: ataca, explora, conquista y toma posesión del territorio, clava la bandera y sella con su nombre. Guarda para siempre en su haber el triunfo de la conquista que lo construye.

Distancia de deseos entre lo masculino y lo femenino:

"Me pesan las paredes y me seduce el riego
Sobre la espalda libre. Mi antecesor,
el hombre
Que habitaba cavernas desprovisto
de nombre,
Se ha venido esta noche a tentarme
sin duda,
Porque, casta y desnuda,
Me iría por los campos bajo la
lluvia fina,
La cabellera alada como una golondrina"...

"TENTACION". Alfonsina Storni

Alfonsina nos lo dice en este poema: entre el deseo amoroso de la virgen y el del hombre hay una diferencia. En el de ella hay pudor, temor a la exploración, búsqueda de aprobación como espejo que llegue a reflejar lo que no posee: amor y deseo propios. Por el contrario, el deseo de él está localizado, genitalizado y atrapado por el reto del dominio y la conquista.

Ahí, la liberación del himen refuerza la dominación masculina, en un ritual donde el signo está invadido por la sexualidad viril. No hay cuerpo, olor, piel, palabra, órganos; hay sólo himen como símbolo que motiva el deseo de poder sobre el espacio genital femenino.

El amor de la virgen puede ser una trampa mortal, al liberar en el hombre un erotismo ahogado por un conservatismo arcaico de monotonía genital, que hace deseable el cuerpo femenino por la promesa de la primera penetración. Casta y pura dice Alfonsina:

"Tu me quieres alba,
me quieres de espumas,
me quieres de nácar.
Que sea azucena
Sobre todas, casta.
De perfume tenue.
Corola cerrada..."

"TU ME QUIERES BLANCA".

Cuerpo de joven virgen, espacio de asedio en todos los lugares, en todos los rincones. Voyerista, exhibicionista, seductor, viril o macho; todos son tentados, por una batalla perdida en el deseo de posesión

de ese espacio, que hace de lo no conquistado, el objeto al que se persigue, agrede y violenta.

Educar la virgen para el amor, leyenda masculina que reclama para sí los derechos del despertar de la sexualidad femenina. Como si las mujeres no supieran de deseos, excitaciones y sueños desde siempre en su búsqueda por un espacio de erotismo y goce. Desafío irreal del que se apropia el hombre para vivir el mito en un cuerpo dócil, al que se le niega su derecho y subjetividad en el amor y la sexualidad.

Sueño que sueña el hombre: ahí ella deseante en el lugar donde el deseo de él ha creado su espacio; toda dependiente, toda espejo. Del amor de la virgen depende el hombre, de la Bella Durmiente a la que despierta para la domesticación de su deseo.

La huida del amor a través de la genitalidad

> *"Un orgasmo tiránico. Sí, piensa Ana, es exactamente esto. Es, una vez más, una cuestión de estereotipos. El hombre ha de ser tópicamente potente, la mujer tópicamente insaciable. Los amantes no se aman, no se sienten, no juegan entre sí: se empeñan con miedo, y frustración anticipada, en una febril lucha por alcanzar el orgasmo. Si ella no lo consigue se siente anormal y fracasada. Y si él no se lo provoca, se encuentra inhábil, poco viril y derrotado. Y por eso Ana finge, como fingen también millones de mujeres sin decirlo, sin atreverse a confesárselo las unas a las otras, tan prisioneras están de su papel de amantes. . ."*
>
> *Rosa Montero*

Una nueva culpa se ha generado invadiendo la condición femenina, a partir de dos deseos bien contradictorios: deseo de poseer y ser poseídas, y deseo de independencia. Temor al compromiso, a la pasión, tal es el drama que hoy se vive con respecto al amor. Se ha preferido sacrificar el deseo por el otro y el deseo de ser deseada, por una trampa liberadora que busca la autonomía, culpabilizando el amor, reprimiendo el sentimentalismo y genitalizando el deseo.

Se buscan relaciones banales para evitar la incertidumbre. Relaciones donde no hay historia, que se instalan y desaparecen de nuestra vida sin dejar huellas ni recuerdos.

El rechazo a la experiencia amorosa se ha configurado por una nueva censura, para no sentirnos frágiles y permeables a contactos y experiencias que tengan fondo, donde cohabiten la pasión, la pena y el olvido: "Contra la noche sin cuerpo se desgarra y se abraza la pena sola", dice Octavio Paz.

No hay nada certero en el amor, tenerlo es ir siempre hacia lo extraño, hacia el alivio de la culpa, hacia el reconocimiento de uno mismo y del otro, aunque esa búsqueda implique la frustración.

Miedo a compartir y miedo a la soledad. La obsesión por la soledad nace del mismo miedo a estar con el otro, a que nos despierte el terror primario de ser abandonadas afectivamente, a la pérdida de la identidad y a la vivencia repetida y mil veces sentida del amor como lo que más duele. "Amar es morir un poco", sentencia que se ha impuesto a la mujer en su largo y doloroso proceso de educación, donde amar, no es aceptarse a sí misma, es ser aceptada por el otro: EL PADRE.

Una educación trazada por la ambivalencia entre lo que es y lo que debe ser para ser amada. "Sé tierna y lo tendrás todo", falsa seducción aprendida que bloquea todo encuentro consigo misma y con el otro y que la hace como mujer siempre vulnerable. El poco amor que nos enseñan a tener de nosotras mismas, nos impulsa a buscar en el que amamos lo que no poseemos como personas, o sea ese resto de amor propio.

Por esto siempre estamos buscándole prótesis a nuestras carencias, nos sentimos mutiladas en el deseo, la palabra y el cuerpo, por servir permanentemente de espejos donde se borra nuestra imagen.

"Tu ves mi rostro nada más
mi rostro.
que todo calla
¡Ay, si pudieras
mirarme el alma!

¿Es ella? ¿Es otra?
¿Quién es esta mujer
enamorada
que tiene el pecho en
trémula agonía
de bosque en llamas?

Dirías. . .
pero no sabes nada. . ."

"CANCION DEL AMOR IGNORADO". Meira Delmar

El otro actúa como refugio, prótesis y coraza para no encararnos con la sexualidad, el amor, el deseo y menos con los sentimientos que cada uno nos provoca: temor, goce, huida, pena, dolor. Conquistar el

amor, será conquistarnos a nosotras mismas sin caer en la sórdida soledad del lenguaje genital que condena los afectos a relaciones anónimas e indiferentes.

No es pretender matar al otro para rescatarnos, ni descolonizar nuestro cuerpo, haciendo de la sexualidad femenina una nueva apología genital. "Usame, pero no me ames, no me comprometas con el amor".

La diferencia de sexos ha marcado la experiencia amorosa, a través de los códigos que la ligan. Querer la separación estricta de los sexos, es querer el poder del uno sobre el otro, buscando amores y sexualidades divergentes apoyados en un dismorfismo genital absoluto. Experiencias opuestas en el goce del uno y del otro: al símbolo fálico se le opone el símbolo orgásmico.

Competir en una relación banalizada por el sentir genital, es reducir el sentir femenino a lo genital orgásmico, a lo concreto, para contraponerlo como diferencia preponderante al sentir monocéntrico genital masculino. Es establecer un nuevo orden con una vía única de acceso al deseo: lo femenino como singularidad. La trampa genital, que no libera de la incertidumbre a la mujer, por el contrario, la sumerge en un sentir limitado por la competencia y la orden del placer eficaz, del cuerpo como espacio de uso donde reina la economía libidinal: tanto me das, tanto te doy.

Luchar contra los viejos patrones que hicieron del sentir femenino el espacio de pertenencia del sentir masculino, de la dependencia afectiva. De esa prótesis que debíamos llevar a cuestas, cayendo en una competencia genital que trata de reivindicar el eros en el femenino. Romper para competir, es caer en el viejo patrón a la inversa, utilizando lenguajes ya alienados para tratar de generar cambios.

Viva la diferencia, pero ¿cuál diferencia?

No la diferencia donde la norma sexual y amorosa dominante sea propiedad de lo masculino o lo femenino. No a la representación amorosa privilegiada en el masculino o el femenino, para establecer relaciones jerarquizadas en espacios discriminatorios para la ternura, la complicidad, el deseo, el amor; o en apologías genitales de catálogo que hacen del amor, el primer marginado.

Como mujeres, tener que huir del vínculo amoroso sin la opción de una lucha por un nuevo espacio amoroso, es aceptar que hemos perdido como seres humanos, sin darnos la alternativa de nuevos lugares donde coexistan sin discriminación, el goce femenino y mas-

culino multiplicando el eros en infinitas figuras, como en infinitas diferencias, todas renovadoras y no limitadoras del erotismo y el amor.

"Ronda por las orillas, desnuda,
saludable, recién salida del baño, recién nacida de la noche.
En su pecho arden joyas arrancadas al verano. Cubre su sexo la
yerba lacia, la yerba azul, casi negra, que crece en los
bordes del volcán. En su vientre un águila despliega sus alas,
dos banderas enemigas se enlazan, reposa el agua. Viene de lejos,
del país húmedo. Pocos la han visto. Diré su secreto: de día es una
piedra al lado del camino; de noche, un río que fluye al lado del
hombre".

"DAMA HUASTECA". Octavio Paz

El espacio imaginado para el amor en un poeta como Octavio Paz, es indescifrable: lo que trae agua, piedra, noche, fantasmas; todo en múltiples signos que no se agotan por su conciencia creadora. Bastará entonces, buscar esa conciencia para desestigmatizar el amor. "El saber, dice Paz, no es distinto del soñar, el soñar del hacer". El sueño puede ser la conciencia de un nuevo encuentro con el amor.

Instantes en el amor femenino

El amor no es algo útil, no se puede medir; tiene múltiples instantes y múltiples imágenes. Un instante no es igual al otro y el cuerpo femenino que lo acompaña no es estéril, es productor de deseos, pasión, evocación, ternura y desafuero. El amor tampoco es ciego, "amar con los ojos cerrados, dice la Yourcenar, es amar como un ciego. Amar con los ojos abiertos tal vez sea amar como un loco: Es aceptarlo todo apasionadamente: yo te amo como una loca". Marguerite Yourcenar.

Entre la ceguera y la locura, la pasión escoge a ésta última, puesto que la pasión está fuera de la ley como la locura. No hay modelo ni programación en ella, posee la virtud de la metamorfosis; a su interior no hay una imagen única del eros. Tiene las particularidades porque ha descentralizado el deseo de la meta eficaz, de la receta de salud física y mental.

Imperfecto es el goce, no hay unidad como no hay unidad en el sentir. Imperfecto es el cuerpo que lo vive y las diferencias que él suscita. Nada hay de predecible en el amor, ni exceso ni falta, por ello actúa como desencadenante en la multiplicidad de sus instantes los cuales son vividos y sentidos a la manera de cada quién.

Hablar de amor en femenino es permitirse hablar de la pasión de la fornicación y la evocación, como de muchos mas momentos, todos como parte de un sentir que desorganiza el orden de lo genital.

La pasión de la fornicación

"Oh, vamos a alguna parte— le susurró,— necesito. . . tienes que darte cuenta, ¿tú quieres? ¿Quiéres hacerme el amor? Por favor, díme por lo menos. . . qué quieres. . . o me sentiré muy mal. Por favor. —Cuán enrarecida era la emoción de ser una mendiga. Su nueva situación la emocionó a fondo. El pareció mirarle con cierta duda, cual si esperase que su pasión desapareciera como una película, pero ella estaba decidida a atraerlo, quería llegar tan lejos, que él ya no pudiera seguir conteniéndose. En su negativa a dejarse seducir enseguida, se había vuelto más viejo. Volvió a besarlo, y trató de expresar la plenitud de su súbita pasión: No pido que me ames, estoy dispuesta, a ver qué sucede, sólo pido . . .sólo. . . que me forniques magníficamente, que lo hagas magníficamente, que hagas maravillosos movimientos dentro de mí. . ."

Thomas Wiseman

Fornicar con el amor, sin ceremonia, ahora, ya, sin dejar que pase el tiempo, sin preámbulos que serían un desperdicio para lo que ahora necesito; parece decir Elizabeth la heroína de Wiseman cuando en un gesto apasionado, lo que espera es sentirse inundada por la posesión que el otro haga de ella.

¿Quién como mujer no ha vivido o querido ese momento, donde hay la urgencia no dictada por el tiempo, sino por la premura del deseo que le ha concedido un espacio al lenguaje de la fornicación? El cuerpo estalla sin avaricia como un espacio que media su existencia, por la intensidad de la posesión que de él se haga.

Sin resistencia, con el fervor más fantaseado donde el deseo no necesita de ningún artificio: Habla por sí solo sin apoyarse en el poder, por ello permite anunciarse sin que el deseo debilite su imagen. Fornícame no es propiamente un ruego elaborado o vulgar. Tiene la belleza de la inmediatez: ni lejos, ni cerca; más bien dentro muy dentro.

Lo que se comparte en ese instante es la no reserva del goce; el eros asume los cuerpos en el gusto por el éxtasis, donde no hay competencia ni rival. Las partes se confunden conservando su singularidad, en la vivencia misma de la pasión que es invadida por la premura de la posesión. La fornicación tiene su lenguaje secreto, no se evidencia como en el porno, donde todo es tan real que termina por anular la seducción, por su "obsesión maniaca de lo real", dice Jean Baudrillard

La pasión de la fornicación tiene el ritual de la seducción, donde el cuerpo se convierte en cómplice del deseo del otro que da y toma sin resistencia. Dondę lo femenino se reconoce sin buscar su muerte, sin tragedia; y lo masculino traspasa la barrera del orden genital, al dejarse poseer sin invadir con su lenguaje, creando un escenario para la desigualdad, no en el dominio, sino en la indeterminación de los signos que posee el masculino y el femenino y que hace a estos imperfectos, porque van más allá de la racionalidad y la conciencia.

Octavio Paz nos señala hermosamente esta desigualdad:

"El nombre
Sus sombras
El hombre La hembra
El mazo El gong
La i La o
La torre El aljibe
El índice La hora
El hueso La rosa
El rocío La huesa
El venero La llama
El tizón La noche
El río La ciudad
La quilla El ancla
El hembro La hombra
El hombre
Su cuerpo de nombres
Tu nombre en mi nombre En tu nombre mi nombre
Uno frente al otro uno contra el otro uno en torno al otro
El uno en el otro
Sin nombres"

"CUSTODIA"

Amor y Evocación

"Desde entonces los dos disfrutaban durmiendo juntos. Diría casi que el objetivo del acto amoroso no era para ellos el placer sino el sueño que venía después de aquél. Ella, en particular, no podía dormir sin él. Cuando alguna vez se quedaba sola en su piso alquilado (que iba convirtiéndose cada vez más en una simple trapeadora), no podía conciliar el sueño en toda la noche. En sus brazos se dormía por más excitada que estuviera. El le susurraba al oído historias que inventaba para ella, cosas sin sentido, pala-

bras que repetía monótonamente, consoladoras o chistosas. Aquellas palabras se convertían en visiones confusas que la transportaban hasta el primer sueño".

Milán Kundera

El instante de la ternura y la evocación en el amor, donde el lenguaje se prolonga acogiendo la magia del sonido y las palabras. El cuerpo se llena de metáforas y signos para inventar imágenes y sostener recuerdos.

En el instante amoroso la evocación es la que le da sentido al amor; se evoca para atrapar los momentos vividos buscando su permanencia. Soñar juntos, compartir lo imaginario, es conservar el amor por la ilusión que creamos a cada instante del otro. Amar más allá del miedo que nos provoca el sentirnos abandonados por el amor.

El estar a dos sin la premura del deseo, hace que el tiempo se prolongue, que las palabras invadan para no sentir la nostalgia de lo que se ha vivido apenas unos momentos antes. Permitirnos observar el espacio donde se ha producido el encuentro para grabar cada detalle, como una defensa contra el olvido.

Lo femenino necesita de la evocación como del ensueño; imaginarse imaginada por el otro como centro de sus deseos. Necesita tomar los recuerdos como una carga a cuestas, haciendo como lo dice Kundera, que nuestra vida esté a ras de la tierra para que sea más real y verdadera.

Permitir que el amor nos seduzca por su evocación, para que nos erotice el recuerdo, sin negarnos la sentimentalidad. Lo sentimental ha sido mirado como una cualidad eminentemente femenina y por lo tanto frágil y ridícula. ¿No nace acaso la sentimentalidad de lo no concreto, lo desgenitalizado? ¿del goce, la fantasía y el deseo por ese otro?

Sentimentalismo o sensiblería dirán algunos. Quizás los mismos que se defienden constantemente de la sinrazón; los que buscan hacer coraza utilizando la fuerza ante su mal aceptada debilidad. Los que se sienten atrapados por el deseo de dominación; los que temen ser poseídos porque son avaros con el afecto y piensan que si se dan al amor, se desdibujan como realidad y como sujetos.

Buscar la evocación es fortalecer la imagen del que se ama, asegurándonos contra el dolor y el destierro. Así, la ausencia o presencia

del que evocamos nos despierta sentimientos atrapados por diferentes significaciones: podemos olvidar un rostro, pero el instante vivido es recordado con la precisión del detalle. "Cuando estás ausente, tu figura se dilata hasta el punto de llenar el universo. Pasas al estado fluido, que es el de los fantasmas. Cuando estás presente, tu figura se condensa; alcanzas las concentraciones de los metales más pesados, del iridio, del mercurio. Muero de ese peso, cuando me cae en el corazón". Marguerite Yourcenar.

Valen el amor y la pasión cuando podemos evocarlos, porque nos han dejado huellas. De pronto, el femenino ha guardado esa particularidad: la de servir como espacio de evocación.

LIBROS CITADOS

BAUDRILLARD Jean. *De la seducción.* Edit. Cátedra, Madrid 1981.

DELMAR Meira. *Poesía.* Edit. Carlos Valencia. Bogotá, 1981.

FERRER Horacio. *Cancionero.* Edit. Torres Aguero. Buenos Aires, 1980.

KUNDERA Milán. *La insoportable levedad del ser.* Edit. Tusquets. Barcelona, 1986.

MONTERO Rosa. *Crónica del desamor.* Edit. Debate. Madrid, 1983.

ORTEGA y GASSET José. *Estudios sobre el amor.* Edit. Espasa. Madrid, 1973.

PAZ Octavio. *Poemas (1935-1975).* Edit. Seix Barral. Barcelona, 1979.

STORNI Alfonsina. *Antología poética.* Edit. Losada. Buenos Aires, 1982.

WISEMAN Thomas. *La Inglesa romántica.* Edit. Sudamericana. Buenos Aires, 1975.

YOURCENAR MARGUERITE. *Fuegos.* Edit. Alfaguara. Madrid, 1985.